

Un Mito Criollo: El Automóvil

por Sebastián Salazar Bondy

Ha habido en la Cámara, con motivo del escándalo de las importaciones de automóviles libres de gravámenes por senadores y diputados, quien ha hablado del grado de prestancia que brinda un vehículo lujoso a quien lo posee. Se ha unido así la idea de la importancia de la función parlamentaria —importancia que radica en la tarea legislativa y su sentido fundamentalmente democrático— con el concepto frívolo y vano de la ostentación. Grave confusión en hombres en los que el país ha confiado la misión de elaborar las leyes y procurar con ellas el bienestar de la ciudadanía. El fenómeno tiene, sin embargo, una explicación más singular que la del mero abuso del poder que entrafía, pues no es nueva en el país la exaltación de las cosas ornamentales en desmedro de las menos estrepitosas y que verdaderamente trascienden. Responde todo esto a la vigencia creciente de un mito criollo: el mito del automóvil. Terrible fantasía si se piensa que hay quienes sacrifican cuerpo y espíritu a ella, en una especie de holocausto material, de sacrificio votivo ante el ara de la malhadada dignidad puramente aparential.

Nuestra juventud —no lo olvidemos— está siendo educada en la mentira lamentable de que todo lo bueno proviene del dinero. Está siendo formada en el embuste de que ser pobre o modesto es lo que todo ser, por cualquier medio, debe evitar u ocultar. La representación de la riqueza ha llegado a ser, antes que nada, un automóvil, un automóvil de lujo. No un aparato más o menos eficaz, con cuatro ruedas, que lo traslade a uno de un lado a otro, sino la ambición rastacuera de un gran carro, con muchos cromos y luces, con muchos detalles técnicos, con muchas llavecitas y botones,

que circule ostensiblemente por las calles aunque quien lo maneje no venga de ninguna parte ni vaya a algún lugar determinado. No importa —es curioso— el traje, pues bastan una camisa y un blue-jean; no importa la casa, que puede ser incómoda o discreta; no importa



la comida, que puede reducirse a lo mínimo, con tal de que mantenga en pie. Lo que interesa principalmente es tener un automóvil de último modelo que esté lo más cerca posible de aquel Cadillac de oro macizo que la caricatura del mito ha trazado con brillante ironía.

Se está educando a la juventud en este criterio. No son los maestros, por supuesto, los culpables de tan absurdo programa moral, ya que su situación económica —que los diputados, a propósito, debieran contemplar— no les permite proclamar semejante ideal, sino los padres y mayores. Es el ejemplo de los adultos el que dicta esa corruptora lección cada día y a cada paso. El episodio de los parla-

mentarios que importaron carros libres de impuestos es una muestra de qué clase de arquetipos se le proponen el país, a los jóvenes, en esta época de desorientación. Si se acuerda que el automóvil de lujo da prestancia, si se dice con toda desfachatez que la ejecutoria no reside y proviene del cargo, la capacidad, el civismo, la preocupación por la patria y su porvenir, sino de la dimensión del vehículo que se usa para desplazarse, de su precio y su marca, estamos diciendo a voz en cuello, para que no quede la menor duda, que nos importa un rábano ser buenos médicos, ingenieros, políticos, profesores, empleados, etc. La verdad es que la superioridad se mide por el auto, aunque quien lo posea sea un burro parlante.

Algún sociólogo debería estudiar el arraigo de este mito tan ridículo porque sus ocultos resortes nos han de manifestar una falla espiritual cuyo remedio quizá comporte un beneficio moral para el país presente y, por cierto, para el país futuro. No puede mirarse sin inquietud que los dirigentes de una nación nueva, donde todo está por hacer, renieguen de su legítima labor exclusivamente para revestir su persona física con algo así como un adorno rechinante, despreciando la auténtica prestancia de la investidura porque no tiene una bocina ruidosa que campe en la estridencia de la ciudad. Esa enfermedad social comienza a adquirir caracteres alarmantes y cuando los vicios se tornan falsas virtudes es que ha llegado la hora de la curación.